II

—¿Sabes, querido, que la hermosa Folentin se prepara á plantarte?

—Primera curiosidad excitada por Valentín Raynaud. Eso pasará.

La condesa Grodsko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas con un pulidor, y moviendo la cabeza miró á su hermano con mal disimulada preocupación.

—Tú no te das cuenta exacta de la situación. Yo, que conozco bien á Rosa, te aseguro que está más interesada de lo que te figuras.

—¿Por ese muchacho?

—Por ese muchacho.

El marqués de Condottier sonrió.

—¿Será, pues, la segunda vez que me juegue la misma partida? Con Folentin fué ya mucho, pero con Valentín Raynaud sería demasiado, y yo me cuidaré de poner las cosas en orden.

—Te advierto, que tiempo es de que las pongas.

—¿La crees capaz de engañar á Folentin, con el antiguo empleado de Prévinquieres?

—No, pero la creo capaz de no querer oir hablar de engañarle contigo, lo que equivaldría á lo mismo.

—Entonces, y sin darse cuenta de ello, Valentín prestaría un famoso servicio á su marido.

—¿Sin darse cuenta de ello? Y ¿tú que sabes?

—Tú siempre has tenido el convencimiento de que Raynaud sentía una viva pasión por Rosa.

—Basta con verlo cuando está ante ella, para tener la seguridad de que esa pasión se ha hecho más fuerte...

—Y ¿cómo podría traducirse?

—Pues dado el individuo, por un platonismo intenso. Dada la dama... sería preciso verlo... Me parece muy agitada... Ya no se aburre, y solo con esto tú pierdes ya el cincuenta por ciento de las probabilidades. Todo consiste en saber si, en caso de presentarse ocasión, Valentín sería hombre capaz de aprovecharla. Yo no lo creo. Es uno de esos hombres para los cuales el respeto por el objeto de su amor no puede ser más grande, y que creerían cometer un sacrilegio dando gusto á una mujer que solo desea dejarse ir. La peor especie de galanes; mitad *Jocrisse*, mitad *Joseph*, y admirablemente construídos para inspirar desde el primer momento una admiración que á los cinco minutos se cambia en despecho y al cabo de media hora en desdén.

—¡Qué psicología!

—No creo en los ángeles guardianes. Están pasados de moda, y es cosa vieja. Verdaderamente sería muy mala sombra si tú hubieses caído en el último.

—Yo me figuro que si Valentín Raynaud se limita á dar buenos consejos á la baronesa de Folentin en el preciso momento en que desee no recibirlos, se desacreditará muy pronto. Entonces, el que esté á la mira para recoger el capricho dejado sin satisfacer, tendrá muchas probabilidades de obtener un resultado lisonjero. Yo no digo que no oiga decir la frase de las mujeres que hacen tonterías con la cabeza en vez de hacerlas con el corazón. «¡Oh! Déjeme usted, me inspira usted horror.» Pero, después de todo, la dama caerá, y una vez cometida la falta desaparecerá el horror. De ahí á un sentimiento muy vivo por el cómplice no hay más que un paso, y si es el marqués de Condottier quien entre en el asunto, el barón de Folentin será castigado por donde más pecó.

—Eres extraordinaria, y te admiro.

—Dame un beso, y vete. Tengo que vestirme, y no dejes de vigilar las maniobras de tu bella amiga.

Sí, la condesa Grodsko, con la sagacidad de la mujer que juzga á las demás según sus propios sentimientos, veía claro en los de la baronesa de Folentin; estaba también en lo justo al prever las intenciones de Valentín Raynaud. Éste, vuelto á Francia con la convicción de que Rosa era dichosa, se había apesadumbrado al convencerse de que no lo era. En ocho días se dió cuenta exacta de lo artificioso de la situación

que ocupaba la joven. Solo había tenido que escuchar y que comprender. Prévinquieres había dicho, en pocas palabras, á Valentín mucho más de lo que éste tenía necesidad de saber.

—Sí, mi hija es una de las reinas de París, pero maldito para lo que le sirve. No tiene vida íntima y todas sus satisfacciones son exteriores. Su marido es un muchacho encantador que hace cuestión de amor propio el no ocuparse de ella. Cada uno conserva su libertad, y después de dos años de matrimonio no tienen hijos. He ahí las costumbres nuevas. Por el momento todo va bien, pero dentro de diez años, cuando la madurez llegue y sea preciso pensar en otra cosa que en pasear por los salones, ¿qué ocurrirá en ese hogar? La casa estará vacía, el hogar triste. Cuando digo estas cosas me tratan de viejo... Es *rococo*, antigua usanza, teatro de Scribe y canciones de zarzuela sentimental. ¿Sé lo que digo? Se rien de mí; pero más tarde, cuando la juventud se haya desvanecido y solo quede el hastío del placer, sin nada para que sirva de consuelo, no se reirán. Raynaud, no es esto lo que había soñado. Mi hija lo ha querido, y ella será la que pague las consecuencias.

Valentín no hizo nada para que esas confidencias pasaran adelante. Comprendió que si decía una sola palabra, Prévinquieres le replicaría:

—¿Porqué no le acogí favorablemente cuando me confesó la pasión que mi hija le inspiraba, y

porqué no la obligué á que lo aceptase por marido? En usted debía de haber recaído la elección. Aun sin los millones del petróleo valía usted mucho más que Folentin. Hoy no hay comparación posible.

Valentín no quiso oir este *mea culpa*, y su delicadeza rechazó este triunfo inútil. ¿Para qué semejante desquite? Su amor propio no lo deseaba, y en cuanto á su ternura hacia Rosa era demasiado profunda para que pudiese alegrarse viéndola mal casada y perdidas las ilusiones que para el porvenir se había forjado. Cortó las lamentaciones de Prévinquieres diciendo:

—Yo creo que exagera usted los inconvenientes de una posición magnífica. En este mundo no hay nada completo, y la felicidad menos que otra cosa. Además, si los señores Folentin están contentos con su suerte, no hay que ser más exigentes que ellos mismos.

Prévinquieres suspiró, movió la cabeza y cambió de conversación.

En los círculos industriales, que Valentín volvió á frecuentar, se murmuraba mucho, y desde los primeros días oyó decir con la mayor naturalidad que la hija de su antiguo jefe tenía por amante al marqués de Condottier. Se reían del «imbécil de Folentin», que no veía más allá de sus narices, y se daba tono de conquistador, cuando

su mujer le ultrajaba y le engañaba. En vano Valentín trataba de negar y defender; le contestaban con rotundas afirmaciones. El Marqués y la Baronesa no se separaban un momento, y se daban cita en casa de la condesa Grodsko, que protegía los amores con gran complacencia. Los detalles fueron tan completos, tan circunstanciados, que la fe que Valentín tenía en la virtud de Rosa vaciló. Después de todo, ¿porqué había de guardar consideraciones á aquel tonto que se pavoneaba simulando que la conducta de su mujer le importaba muy poco? ¿No la autorizaba para que hiciera cuanto le diese la gana? Y ¿qué reproches podían dirigir los extraños á la engañadora, cuando de antemano el imbécil del marido parecía gloriarse de ser engañado?

Para Raynaud, todo esto fué un cruel tormento. No podía desprenderse de las impresiones de su infancia y de su juventud, y formar de Rosa otra idea que la que toda la vida había tenido. Él la veía únicamente lozana, pura, sonriente, tal y como la había amado. Sin embargo, se acordaba de otra Rosa con la que había sostenido, en el jardincito de la fábrica de Beaumont, una conversación llena de revelaciones inesperadas. Aquel día le había oído desenvolver un programa de ambición y de vanidad, y la había visto dispuesta á sacrificarlo todo al deseo de aparentar, sin que para ella ni la ternura, ni la inteligencia, tuviesen ningún valor, y colocando por

encima de todo el rango y la fortuna. Esa Rosa que tan gran desencanto le había proporcionado, ¿no era capaz de convertirse en la gran mundana, desdeñosa del qué dirán, sin respeto á la fe jurada y dispuesta á arrojarse en brazos de un amante seductor y que halagara su vanidad? ¿Qué diferencia había entre la joven que se casaba con Folentin, porque le facilitaba la conquista del gran mundo, y la mujer que se entregaba al marqués de Condottier porque era el más admirado de los jóvenes á la moda?

Raynaud sufría atrozmente pensando que la que todavía adoraba hubiese llegado á semejante estado moral, y empezó á odiar á Folentin, que había ocasionado el rebajamiento, y á Condottier, que se aprovechaba de él. Esto no obstante, invitado á comer por Folentin el día de su encuentro con él en casa de Prévinquieres, aceptó, y aunque quería negarse, no quiso emplear hipócritas mentiras. La sola idea de que Condottier podía estar presente le hacía temblar. Sabía que no podría evitar el encontrarle alguna vez, y que toda tentativa para retardar el momento era pueril. Pero, ¿podría impedir que su sangre hirviese y que su corazón latiera con violencia? Se consideraba apto para muy poco y se temía á sí mismo.

Se dirigió al hotel de los Campos Elíseos sintiendo muy vivas inquietudes; pero en seguida comprendió que la frivolidad de aquellos que

podían llegar á penetrar sus más íntimos sentimientos le ponía al abrigo de toda sorpresa. Su observación superficial no les permitía analizar los sentimientos que con tanto cuidado ocultaba Valentín. Solo la condesa Grodsko, clarividente por su costumbre de intrigar, debía adivinar lo que encerraba la reserva del antiguo empleado de Prévinquieres y lo que ofrecía de inusitado las amabilidades de Rosa con un hombre que no era de su clase. Sin la menor turbación, Valentín se vió presentado al marqués de Condottier. Este, amable como de costumbre, procuró hacerse agradable al viajero que volvía de América. La gravedad de Raynaud, que á despecho de las habilidades de la baronesa de Folentin permaneció apartado y hablando con Prévinquieres, engañó al joven Marqués. Valentín fué catalogado por Condottier entre los hombres serios, y como hasta entonces para él hombre serio era ser todo lo contrario de lo que él era, no dió ninguna importancia á los obsequios que la dueña de la casa prodigaba al impasible Raynaud. Sin embargo, saltaba á la vista que Rosa hacía esfuerzos para agradarle y le dedicaba todas sus sonrisas. Duburle, que era un Condottier en el ocaso de su juventud, no se había equivocado, y al día siguiente, encontrándose á solas con su ahijada, no le ocultó su modo de pensar. Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico.

—Pequeña—le dijo.—¿Qué te ha hecho el bue-

no de Raynaud desde que ha vuelto tan rico? ¿Te propones volverle el juicio?

—¿Yo, padrino? ¿Y para qué?

—Por el gusto de hacérselo perder. Es una distracción á la que las mujeres os entregáis gustosas, sin objeto determinado y solo por capricho, del mismo modo que se tira al blanco para demostrar que se tiene buena puntería.

—Yo no acostumbro á divertirme de modo tan insustancial. Tengo otras cosas que hacer. Mire usted, ahí va Condottier que entra en la pista con su yegua *Bar-maid;* monta bien, es preciso reconocerlo.

—Sí, monta muy bien, pero ¿llegará al fin sin percance? No tiene más que un competidor temible, Kersaint.

—Por esto la condesa Grodsko habla con él. Si en este momento pudiese hipnotizarle, sugestionarle para que perdiese sus facultades...

—¿Cómo es que no está hoy contigo?

—Ha venido con la señora Vallauris, que no puede sufrirme... Se ha excusado de antemano, pero no tardará en venir.

—¿Todavía continúa tu enemistad con la señora Vallauris?

—Esa mujer alta, delgada y de ojos sin expresión, es más tonta que la noche. Ni le he hecho nada, ni la conozco.

—Pero ella te conoce, y ahí está la causa; devuélvele á Condottier y te querrá.

—¿Acaso se lo he quitado?—replicó Rosa, á la que la ocurrencia hizo enrojecer.—Condottier puede ir adonde se le antoje. No lleva collar...

—Hace quince días que no hubieras dicho semejante cosa.

—¿Porqué?

—Porque entonces te gustaba ver rendido á Condottier. Hoy ni siquiera te fijas en el modo cómo hace su recorrido... Ahora te saluda... Buenos días Marqués... Salta usted admirablemente.

—Porqué lo dice usted?—preguntó Rosa sonriendo.

—Por todo—replicó tranquilamente Duburle. —Salta, Marqués... Ahora saltas por el rey... de Prusia. Si fuese Valentín, sería otra cosa.

—Seguramente sería una cosa nada vulgar. Se imagina usted á Valentín Raynaud con frac encarnado en esta pista bordeada de tribunas, y haciendo de amazona de circo para divertir á todos esos imbéciles que miran...

—Eres dura para nosotros.

—Yo también formo parte de esos imbéciles.

—No hace mucho los juzgabas de muy distinta manera. ¿Cómo se ha cambiado en plomo el oro?

—Padrino, es usted insoportable.

—Eso es lo que se dice generalmente á las gentes cuando su clarividencia nos molesta.

Esta vez Rosa se enfadó, y mirando de hito en hito á Duburle le dijo:

—¿Se figura usted que estoy enamorada de Valentín Raynaud?

—No me atrevería á jurar lo contrario.

—¿Y quien le habla de jurar? Tranquilícese y no siga adelante con sus suposiciones.

—¿Te enfadas? Síntoma grave.

—Ahí vuelve galopando el marqués de Condottier.

—Debe galopar; ya es tiempo.

La condesa Grodsko, como si hubiera adivinado que su presencia era necesaria, dejó á la señora Vallauris para reunirse á Rosa. Tendió la mano á su amiga y á Duburle, y dijo:

—Ha montado bien, ¿verdad?

—Han debido silbarle los oídos, pues no hemos hecho más que hablar de él.

—Muy bien; y ahora—dijo Rosa mirando burlonamente á Duburle—podemos irnos. Mi padrino es extraordinario.

La condesa Grodsko examinó á Duburle y á Rosa para penetrar el misterioso sentido de sus palabras. A uno y otra los encontró imperturbables y los siguió á través de los grupos. Las trompas de caza sonaban bajo la cúpula de cristal que el sol hería con sus rayos oblicuos. Una nube de polvillo de oro vagaba en el aire, y en las gradas se apiñaba el público elegante que asistía al espectáculo. Al extremo de la pista un nuevo jinete, montado en un caballo gris, saltaba metódicamente los obstáculos.

De pronto se oyó un grito; infinidad de brazos se agitaron, y algunos espectadores se pusieron en pie. El caballo gris apareció con la silla vacía y se puso á caracolear por la arena.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Duburle—; el jinete ha caído al agua...

—¡Pobre señor Kersaint!—dijo la condesa Grodsko riendo.—Ha querido ser rival de mi hermano, y menos mal si el baño le sirve para aplacarle los ímpetus.

—Parece que se alegra usted—replicó Rosa.—Si ese percance le hubiese ocurrido al Marqués...

—Querida mía, esas cosas no le suceden nunca á mi hermano; es lo que establece su superioridad sobre los demás.

Condottier, que observaba de lejos, había seguido el movimiento de salida de su hermana y de Rosa. Se había apeado, y cruzando la pista llegaba en aquel mismo momento. Saludó á la Baronesa y estrechó la mano á Duburle. Verdaderamente estaba elegantísimo con su frac encarnado, los pantalones blancos y las botas Chantilly. Vestido de este modo parecía más alto y más vigoroso. Golpeaba ligeramente la palma de su mano con el látigo, y sonriendo se colocó al lado de Rosa.

—¿Se van ustedes?—preguntó.—¿No asisten á las pruebas de cuatro? El pobre Kersaint es capaz de desorganizarlo todo.

—En cuanto se seque se retirará.